

Juego de construcción y demolición: del bebé al adolescente... y más allá¹



RÉGINE PRAT²

Existe un imperativo de usar los objetos que permiten articular y, a partir de allí revelar el verdadero self. Llamo a este imperativo «pulsión de destino».

C. Bollas, *Fuerzas de destino*

Voy a organizar mi relato en torno de una secuencia que todos conocemos. No se trata necesariamente de una memoria de nuestra experiencia directa, aunque tengamos la experiencia personal inscripta, sino que es una escena de la que todos hemos sido testigos con nuestros niños o los de otros, o en la guardería..., una suerte de experiencia fundante: un bebé construye una torre de cubos, pacientemente, con gran concentración para encontrar el punto de equilibrio... ¡y enseguida la destruye! para recomenzar incansablemente...

Si tiene nueve o diez meses, la torre tiene dos cubos; si tiene dieciocho meses, tiene unos quince, pero **la finalidad del juego parece la misma: instituir para destituir.**

- 1 Trabajo presentado en la 5ª mesa redonda: Instituir/Destituir del Coloquio BBADOS Destructividad y exaltación, Casa de la Mutualidad, París, 30 de septiembre de 2016.
- 2 Asociación Francófona de Capacitación en la Observación de Bebés según Esther Bick. pratregine@orange.fr

En la etimología de *instituir*, *statuare*, se encuentra la raíz de *estatu*, y evidentemente de *institución*, de la que hablará Pierre Delion³.

Esta torre de cubos, «estatu» incansablemente destruida y reconstruida, me servirá como punto de anclaje para explorar en diversos sentidos (aquí me interesa la función esencial del cubo «básico», ni hablante, ni luminoso, ni puzzle, ni alfabeto... ni el cubo de Rubik).

Les propongo una reflexión acerca de:

- La naturaleza de la experiencia interna del niño y lo que construye desde ella.
- Las consecuencias de diversas modalidades de esta experiencia y, en particular, sus obstáculos.

CARACTERÍSTICAS DE LA SECUENCIA

Si observamos atentamente esta secuencia, que tiene todas las características del juego de cualquier niño, nos llama la atención la extrema concentración del pequeño: ante todo, es una experiencia de «**construcción**» de **sus hipótesis acerca del mundo**, un verdadero trabajo de investigador que hace variar lo que busca estudiar: para comprender lo que hace mantener la torre, necesita hacerla caer y recomenzar.

A partir de los nueve o diez meses, el bebé va a lograr apilar dos cubos casi por azar, con el asombro que ello implica; logra **una construcción y no un simple ensamblaje**. En este logro hay una diferencia esencial con lo previo: poner objetos uno en otro o uno sobre otro, por ejemplo.

Además, se trata de una experiencia que tiene un lugar en el escenario exterior: cuando el bebé busca tomar un objeto con la mano, llevarlo a la boca, pasarlo de una mano a otra, cambiarlo de lugar, etc.; es una experiencia que tiene lugar en relación con sí mismo, podría decirse, autocentrada. En la construcción de una torre, se trata de **una creación en el escenario externo**.

3 N. de la E.: Hace referencia al trabajo *Juste ce qui suffit d'institution*, que Pierre Delion presentó a continuación, en la misma mesa.

A menudo, esto se acompaña de una mirada hacia el adulto, con el fin de asegurarse que esta hazaña ha sido vista: «¿Viste lo que logré hacer?», parece decir el bebé.

Esta escena externa es compartible con otro, que mira esta creación: el bebé confirma en el otro el mismo interés por este proceso. Podría ocurrir que el otro estuviera interesado en esta creación, resultado de la acción del bebé, pero sin mirar al bebé o interesarse por él: se trata aquí de un **compartir intelectual**. Esto da cuenta de la capacidad de fabricar y utilizar símbolos, que es posible por lo que los investigadores han denominado *la revolución de los nueve meses* (Rochat, 2006; Tomasello, 2004).

El verdadero júbilo que se observa cuando logra *mantener* dos cubos uno sobre otro (para esto hizo falta que cayeran accidentalmente varias veces) supone dos hazañas simultáneas: no solo el dominio de la ley de gravedad, sino también la apertura a un campo simbólico.

Este júbilo constituye la continuación de aquel que el bebé manifiesta cuando, en los brazos de un adulto protector que gira y baila, ríe a carcajadas con la excitación de la victoria sobre la sensación de caída. Es una experiencia vivida que prefigura la torre, en la que el adulto sería el cubo de base y el bebé, el cubo colocado: la torre es una experiencia conceptual que permite la elaboración de esas experiencias interrelacionales.

He aquí una breve secuencia de observación de otro eslabón intermedio que va preparando la conceptualización: la bebé, una niñita de nueve meses, me enfrenta, parada en las rodillas de su madre. Es la primera vez que me ve; parece algo desconfiada, dudando entre la curiosidad y el llanto. Sus piernas flaquean, el sostén de la madre evita seguramente una caída. Frente a ella, hago el mismo movimiento de caída diciendo «¡bum!»; rompo a reír y recomienza, ahora sí voluntariamente, a doblar sus rodillas para invitarme a reproducir su movimiento, lo que la hace reír «en cascada».

La universalidad de ese reír, cuando alguien cae, es llamativo..., y esto comienza tempranamente: propongo la hipótesis de que la risa misma, ese reír «que estalla» o reír «en cascada», es la reproducción corporal interna en el juego de garganta del juego de caer-agarrar: un juego de la torre, encarnado y preparando la interiorización y la simbolización.

En este momento de su desarrollo, **el bebé construye una verticalidad**: estos juegos son contemporáneos de la posición de sentado. Me

refiero a la posición de sentado integrada, la que el niño alcanza solo teniendo la posibilidad de estar suficientemente cómodo como para usar sus manos y no concentrar toda su energía en sostenerse, algo casi contemporáneo, pues, al ponerse de pie.

A diferencia de los juegos de balanceo en la posición de acostado, los pasajes de la posición dorsal a ventral, etc., el apoyo aquí es interno: **el bebé construye su equilibrio de forma interna**, desarrollando una consciencia del proceso y un interés por el mismo.

No se trata solo de buscar una seguridad en el sostén y en los apoyos, sino de mantenerse y de encontrar su equilibrio interior. El bebé hace la experiencia de ponerse de pie y de aferrarse a algo, vacilar o caer, recomenzar. Se entrega a verdaderas experiencias, entrenándose en perder su centro de gravedad para recobrar su equilibrio y modificar sus apoyos externos en la búsqueda de estabilidad, para posteriormente soltar su apoyo externo y así tomar consciencia de su apoyo interno.

Previo a este juego de la «torre infernal», el niño ha desarrollado una cierta **experiencia de la acción de «hacer caer» activamente**: ha explorado incansablemente el hacer caer objetos desde lo alto de su silla, observando su caída y esperando su retorno... Al mismo tiempo, espera manifiestamente el mismo entusiasmo de parte de su acompañante, que, hay que decirlo, se va a cansar mucho más rápido que él...

El juego de la torre que sostiene y que el bebé hace caer es **un juego sobre el comienzo mismo del sostén, y la apropiación subjetiva de este comienzo**: podemos pensar que se trata de uno de los juegos fundamentales, que, a la vez, manifiestan y construyen la **confianza en sus objetos internos** y en sus propias capacidades, y la **confianza en un mundo susceptible de resistir a la destrucción**.

Recordemos lo que plantea Winnicott —en 1966, en una carta a Meltzer— acerca de la construcción de dicha confianza:

El fundamento de una estructura psíquica saludable y estable es ciertamente disponer de una madre interna confiable. Pero esta capacidad está sostenida por el individuo. Es cierto que la gente vive su vida llevando un «faro» en el que se apoya, pero en algún lado en los comienzos, debe haber

un faro que se sostenga solo. Si no, no hay introyección de la confianza.
(Winnicott, citado por Corcos, 2011, p. 67)

Entonces, hay, desde el inicio, una madre-luminosa que sostiene al bebé, que lo conduce y que luego se volverá el «faro» interno sobre el que el sujeto se apoyará. **La torre de cubos es una de las modalidades de construcción de la confianza de la madre interna.** Representa la prueba de la solidez, destruyéndola para reconstruirla.

Quisiera recordar que ese **juego de alternancia instituir/destituir** es más antiguo en nuestro origen. Sin embargo, hay un consenso en las investigaciones del desarrollo en considerar «que hay una continuidad comportamental en el desarrollo pre- y postnatal» (Rochat, 2006, p. 228) y que el medio intrauterino ya es una fuente de ricas experiencias que van a continuarse luego del nacimiento.

Lo que he propuesto denominar **sostenido/soltado** constituye una primera forma sobre la que se va a apuntalar todo el desarrollo posterior. Muy precozmente, a las once semanas de desarrollo, el embrión va a transformar su primer reflejo de alejamiento de la fuente de contacto, eficiente ante todo en la zona peribucal hacia las ocho semanas, en una búsqueda de este contacto cada vez más activa. Entonces va a organizar su mundo en actividades de sostenido/ soltado, utilizando todos los recursos de los sentidos en la medida de su desarrollo.

Esta experiencia de alternancia de movimientos opuestos, desde el comienzo en el sostenido/soltado, es indisociable de la construcción de la vida: lo que permite soltar es la creencia que se va a encontrar; soltar crea el deseo de reencontrar, de ir hacia lo que ha faltado, y constituye, pues, la expresión de la confianza y de la esperanza en sí mismo y en el mundo.

EL PAPEL TRANSFORMACIONAL DEL OBJETO

La confianza no es credulidad. Implica, en la concordancia de psiques, la continuidad de ser de la presencia y del amor más allá de la separación, la resistencia a los movimientos de destructividad, la redundancia y la previsibilidad. Exige la palabra fiable del mundo, de los otros y de sí mismo, y es una de las principales funciones de los padres. (Kaës, 2012, p. 266)

Aquello a lo que Bollas llama *objeto transformacional* permitirá al niño realizar esta creación interna a partir de todas las experiencias encarnadas en la realidad y en el cuerpo.⁴

El modo en que la madre sostiene al niño, que lo alimenta, lo baña o viste, lo transforma. Esas acciones de la madre sobre el cuerpo del niño son vitales y constituyen los fundamentos de la relación somática. En cada uno de nosotros, hay una memoria somática relativa a los cuidados maternos. (Haineault, 1997, p. 105)

En condiciones óptimas, las madres juegan ese rol de objeto transformacional desde el comienzo. Cuando el bebé entra en el juego (y, desde el comienzo, ¡su pecho!) ellas saben bien de la violencia del impulso de prensión y van a ayudarlo a transformar ese movimiento de ímpetu... en un beso.

«Un “objeto transformacional” es identificado por el niño a partir de lo que experimenta como lo que modifica la experiencia del self», dice Bollas (1989, p. 1182), en un pensamiento que se entrelaza con el de Winnicott y Bion. La madre recibe/percibe la fuerza del movimiento pulsional del que ella constituye la meta (aprehenderla, comerla, morderla...) y la transforma en movimiento tierno.

En las terapias madre-bebé, en las que a menudo ayudamos a los bebés y sus padres a recuperar estos primeros niveles de experiencias transformacionales, me apoyo mucho en:

- Los juegos de pelota, que suponen, para descubrir el placer del intercambio... , soltar la pelota. El hecho de que se la va a encontrar y que se va a graduar el tiempo en el que se la retiene antes de devolverla, en función de la capacidad del bebé para soportar el hecho

4 En su obra, Bollas hace hincapié en las experiencias transformadoras a lo largo de la vida, con los objetos que, a la vez, son el soporte en el que ejercemos, expresamos lo que somos, pero del mismo modo nos modifican: todos tenemos la experiencia del encuentro determinante con personas, pero estamos menos familiarizados para hablar del encuentro con los objetos que nos modifican: libros, situaciones, lugares, paisajes, espectáculos, así como del encuentro con experiencias transformadoras y transformacionales.

de soltarla, permite al bebé construir una confianza en el mundo: al principio, el bebé es «mal perdedor» (algunos se la quedan...); va a tener que acostumbrarse al hecho de perder la pelota, obteniendo la recompensa del placer que otorga el juego compartido.

- Más tarde, contemporáneamente a la edad del sonajero, la castañuela es un precursor del juego de la pelota: para descubrir el placer específico, con la misma mano hay que sostener suficientemente bien para que el objeto no caiga, pero también soltar para que las aletas se abran y apretarlas-sostenerlas con fuerza suficiente para producir un sonido.

En terapia con niños «difíciles», ¿cómo no confundir la apariencia y el sentido subyacente o tomar el efecto por la causa?

No son el encuadre (del lado de lo psi) o los límites (del lado educativo) lo que debemos establecer o restablecer, es la confianza, en sí y en el otro, lo que el encuadre y los límites permitirán reconstruir.

Comienzo la terapia con Vaillant, paradójicamente rechazando la aceptación del padre de una terapia «para ver» qué pasa. Explico a los padres que comenzar para suspender es peor que no hacer nada, ya que esto representa, de entrada, una traición: les pido que me llamen cuando puedan comprometerse y «sostener» el tiempo necesario.

Vaillant me explica que «él no juega con juguetes, solamente lo hace con la pelota». Lo que verdaderamente precisa es aferrarse, y sus juegos con la pelota de *polyfom*, que forma parte de su material, son juegos de ataque para, como él dice, «despegar», es decir, destruir, romper, borrar. Interpretarlo como «ataque al encuadre» no haría más que dejarlo en la soledad de una pura destructividad.

Lo entiendo como una puesta en escena de su mundo interno: poco a poco, en nuestras sesiones voy a transformar este juego en una exploración de todas las posibilidades de ajuste de sostener/soltar que comento en las idas y vueltas de la pelota entre nosotros. Él va a descubrir el placer del juego,

jugando incansablemente a las escondidas con la pelota, luego soltará sus amarres sensoriales y podrá entonces cerrar los ojos para permitirme esconder la pelota: en la escuela dejará de ser descripto como «el cana [policía] de la escuela», que denunciaba el menor cambio, que percibía con extrema agudeza como un índice de traición.

Va a construir una confianza interna y, encontrando una paz interior, podrá aplacar sus comportamientos externos.

La tarea parental es, por cierto, la de «contener» para no sentirse amenazado de desintegración: contener cuando el bebé muerde la mejilla de su madre y transformar la mordida en besos, contener y *entender* (es casi lo mismo) cuando el niño que no sabe cómo *entrar en contacto* con el objeto... más bien se choca concretamente con este. El vocabulario corriente puede ayudarnos: «entrar en contacto», «él me busca». Se trata de comprender la necesidad de meterse en, la necesidad de una continentación y de un contenedor, y facilitarle los medios de acceso. Sostener supone para los padres no sentirse amenazados o destruidos cuando el pequeño dice que «mamá es mala» o que quiere «cambiar de papás».

La torre debe tener cualidades internas de equilibrio y la capacidad de ser reconstruida. Esto puede resultar particularmente difícil para los padres... y está hecho para eso, comprobar su solidez a través de maniobras destructivas. «Mis padres son idiotas y los detesto», escribe este adolescente en crisis ante el nuevo cuarto recién pintado por su padre.

Deshacer los lazos... para verificar la capacidad de rehacerlos, del lado del adolescente tanto como del de los padres: en ese momento el joven no sabe que rehace la experiencia de la torre de cubos... y sus padres, ¡menos! Para eso estamos allí. Es por eso que recibo a los padres de los adolescentes, en general solos, para investigar cómo ayudarlos «a sostener el trabajo» y permitir que la experiencia se despliegue en su totalidad: instituir-destituir-reinstituir.

Cómo ayudarlos a aguantar, a no engancharse mayormente en medidas educativas de alcance limitado o incluso con efectos paradójales... que los terminen agotando: creo que visitar la torre de cubos los ayuda a menudo a rever al bebé bajo el adolescente en plena erupción y los ayuda a concebir el mismo ciclo... además, ¡extenso!

CUANDO EL PROCESO PSÍQUICO INSTITUIDO/ DESTITUIDO SE TRABA: «¡HAY ABUSO!»

Iván Jablonka (2016), en su excelente trabajo de historiador de un hecho terrible, el asesinato de una joven que fue encontrada desmembrada en 2011, reconstituye la infancia destruida de Leticia (violencia parental, mudanzas múltiples, abuso por el padre en la familia adoptiva...). Él da ese testimonio a partir de un recuerdo evocado por su hermana melliza:

Leticia no fue capaz de construir: sistemáticamente se le impidió. A los bebés les gusta cambiar los cubos multicolores que se apilan ante ellos. En el caso de Leticia, eran los adultos los que destruían la pequeña torre. Cada vez se las ingeniaban para hacer tabla rasa. Por fin, nunca había erigido nada, y Leticia abandonó. De bebé perdió peso, tenía una atención limitada, dormía cada vez más; se apartó del sinsentido donde no encontraba ningún lugar. (p. 342)

El cuadro descrito puede entenderse como un aislamiento depresivo grave, una pérdida de confianza o, más exactamente, una traba en la construcción de la confianza, y la destrucción del concepto mismo de confianza.

Se trata de una **experiencia vivida de abuso, aunque no sea sexual**: un abuso de confianza preparando el terreno para los abusos sexuales ulteriores. El movimiento del bebé es desviado, el adulto se lo apropia y solo permanece el sentido de destrucción. Lo que resta para el bebé es un sentimiento de inutilidad de sus actos y de sus tentativas para comprender-construir el mundo, un cambio de sentido en su contrario y una desesperanza profunda.

Me ubico en una versión precoz de lo que Kaës (2012) llama «antropofagia moral» en la que se trata de «devorar las ideas y los pensamientos del otro para apoderarse de su fuerza, de su maná...» (p. 152).

Si revisitamos los ejemplos dados más arriba: ¿Qué sería de un bebé en brazos, riendo a carcajadas... y tirado al piso? ¿Y de un bebé que muerde la mejilla de su madre... y es mordido en venganza? ¿Y del juego de hacer caer los objetos de la silla alta... que fuera entendido como agresivo o destructor, y castigado o prohibido, por ejemplo, con la desaparición del objeto? («¿No lo quieres? ¡Te lo quito!»).

Quisiera invitarlos a **reflexionar sobre el sentido de los actos que pueden parecer anodinos** y que representan verdaderos «asesinatos del alma», situaciones de intrusión en el espacio psíquico del otro para adueñárselo, desviar su intención, abusar.⁵

Geneviève Haag analizó los efectos tóxicos para la construcción de las uniones primitivas, fundadoras de la identidad, del impedimento de la succión del pulgar, primera actividad autónoma organizadora del bebé.

Vemos también impedimentos más sutiles, por ejemplo, sustituyendo un objeto elegido por él y también entorpeciendo su motricidad con un objeto que se supone que lo ayuda; por ejemplo, los andadores y un buen número de objetos que pervierten la actividad del bebé y desvían profundamente el sentido de sus experiencias y de las conclusiones que él puede extraer de sus acciones.⁶

Estamos en el núcleo de la violencia psíquica; la sustitución de un objeto por otro y de una experiencia en otra tienen por consecuencia que la experiencia sea imposible de interiorizar como propia y ser apropiada; no pertenece más al sujeto y permanece como una modalidad de colonización del otro, una marca que trastoca profundamente la inscripción identitaria y la construcción de los límites.

Así, Jonathan en un «no-ser» profundo no sabe quién es ni a quién pertenecen los actos que realiza: a él o a su madre. Sus actos de oposición adolescente la destruyen en explosiones caracteriales de aspecto psicótico. Las prohibiciones de la madre devienen infiltraciones en la intimidad de Jonathan cuando le exige, por ejemplo, fotos del sándwich que compró al mediodía para estar segura de que no compra cigarros con el dinero que le da para la comida. Toda la construcción identitaria del adolescente está pervertida; tras este juego de apariencia sadomasoquista, se esconde un vacío, una desesperanza masiva, una no-existencia.

5 La expresión «asesinato del alma» tomada del delirio del presidente Schreber analizado por S. Freud, puede relacionarse con el «terrorismo educativo» del que había sido objeto por parte del padre. Daniel Gottlieb Moritz Schreber, médico famoso, había escrito un tratado de educación para corregir al niño, malvado de nacimiento, según él. Los aparatos ortopédicos que había concebido para enderezarlo son verdaderos aparatos de tortura.

6 Los trabajos guiados por Loczy han permitido una reflexión basada en este tema y la importancia de «moverse con libertad desde el primer año».

PARA CONCLUIR

Vuelvo a las palabras de Bollas (citado por Molino, 2007):

Creo que tenemos un sentido del self que existe en el interior de una ilusión de integración: una ilusión esencial por nuestro modo de ser en la vida. Incluso los que se ven a sí mismos como radicalmente deconstructivistas no pueden vivir una vida sin esta ilusión y no lo hacen.⁷ (p. 179)

Una apuesta sumamente importante para los clínicos y educadores de mañana y de hoy es cómo trabajaremos el desarrollo de esta ilusión de integración vital y salvadora en un mundo en el que las referencias identitarias profundamente modificadas no constituyen más un apuntalamiento y reenvían a la desintegración. ♦

7 «My belief is that we have a sense of self that exists within an illusion of integration: an illusion essential to our way of life. Even those who see themselves as radical deconstructivists cannot, and do not live a life without that illusion».

RESUMEN

La autora se ocupa de la naturaleza de las experiencias precoces que habilitan a construir la confianza en sus objetos internos y sus propias capacidades: la adolescencia supone una reedición indisoluble de la confianza en un mundo susceptible de resistir a la destrucción.

El análisis del juego de construcción/destrucción de una torre de cubos que realiza el bebé evidencia la función de elaboración de las primeras experiencias interrelacionales de este juego, permitiendo a la vez construir la fiabilidad de una madre interna y la expresión de la confianza y de la esperanza en sí mismo y en el mundo.

Los obstáculos precoces en la construcción de la confianza, las intrusiones en el espacio psíquico del otro por actos que pueden parecer anodinos representan también experiencias de abuso: esto podría constituir un precursor o un factor favorecedor de los abusos sexuales más tardíos.

Nos ocupamos del núcleo de la violencia psíquica, que dificulta la interiorización y la apropiación de la experiencia íntima y perturba profundamente la inscripción identitaria y la construcción de los límites.

Descriptores: JUEGO / BEBÉ / SOSTÉN / SUBJETIVACIÓN / CREACIÓN / INTEGRACIÓN / TÉCNICA / ABUSO / CONSTRUCCIÓN / CONFIANZA / MATERIAL CLÍNICO

SUMMARY

The paper deals with the nature of early experiences that promote the building of trust in both the internal objects and personal capacities: adolescence implies a re-experience, inseparable from confidence in a world liable to resisting destruction.

The analysis of the construction / destruction of a tower of blocks that a baby can perform gives evidence of the process of working through the first interpersonal experiences present in this play activity, which allows the baby both to construct the reliability of an internal mother and to express trust and hope in itself and in his environment.

Early obstacles in the construction of trust, intrusions into the psychic space of the other, by actions that can seem dull, also represent

experiences of abuse: these could be precursors or favoring factors of later sexual abuses.

The paper focuses on the heart of psychic violence, which hinders the internalization and appropriation of intimate experience and deeply disturbs identity inscriptions and the construction of limits.

Keywords: PLAY / BABY / HOLDING / SUBJECTIVATION / CREATION / INTEGRATION / TECHNIQUE / ABUSE / CONSTRUCTION / CONFIDENCE / CLINICAL MATERIAL

BIBLIOGRAFÍA

- Bollas, C. (1989). L'objet transformationnel. *Revue Française de Psychanalyse*, 53(4), 1181-1196.
- Corcos, M. (2011). Place de l'expérience traumatique dans la genèse du trouble limite. En M. Corcos, *La terreur d'exister* (pp. 66-85). Paris: Dunod.
- Haineault, D.-L. (1997). Un certain regard sur la psychanalyse: Rencontre avec Christopher Bollas. *Filigrane*, 6(2), 102-112.
- Jablonka, I. (2016). *Laêtitia ou la fin des hommes*. Paris: Seuil.
- Kaës, R. (2012). *Le maître*. Paris: Dunod.
- Molino, A. (2002). *The vitality of objects: Exploring the work of Christopher Bollas*. Middletown: Wesleyan University.
- Rochat, P. (2006). *Le monde des bébés*. Paris: Odile Jacob.
- Tomasello, M. (2004). *Aux origines de la cognition humaine*. Paris: Retz.
- Winnicott, D. H. (1989). Lettre à Donald Meltzer. En D. H. Winnicott, *Lettres vives* (pp. 216-217). Paris: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1966).